



# PIED À TERRE

THE ART OF HOSPITALITY



CUENTO:

UN PASAJERO MÁS

AUTOR:

REYES MEDINA YASIL VERÓNICA

**E**n todos sus años de trabajo nunca le habían pedido algo así. Debían estarle jugando una broma o algo, aunque él no era nadie para juzgar los gustos ajenos. De cualquier terma, tenía que acatar las órdenes de sus superiores y embarcarse de nueva cuenta en una misión algo extraña. Curiosamente hoy no había personas en su lista, solamente unos cuantos objetos y una ubicación en particular que le trajo gratos recuerdos, ya quería verle de nuevo. Algunas cosas ya las tenía, le gustaba llevarse recuerdos de los lugares a los que le mandaban a cumplir con su labor, más cuando tenía que suplir a alguno de sus compañeros en alguna tierra lejana. Suspiró pesadamente mientras guardaba lo necesario en su mochila, se cubrió con la capucha de esa chamarra que siempre llevaba en sus viajes y salió por fin de su escondite, dispuesto a hacer la tarea que se le había encomendado. No sería difícil encontrar los objetos, llevaba lo suficiente en el negocio como para tener una idea de dónde podría conseguirles, el problema es que no dejaba de darle vueltas al asunto ¿Por qué le pedirían esa clase de cosas? Es decir, no era la primera vez que en la lista aparecían objetos, tampoco lugares, lo curioso es que la forma en la que estaban escritas era distinta, incluso el color había cambiado.

Negó tratando de alejar esos pensamientos de una vez por todas y así hacer su trabajo como de costumbre, pero le era imposible. Tranquilamente buscó las flores en un pequeño pero colorido pueblito de México, fue a Papúa Nueva Guinea por uno de esos tétricos collares hechos con dedos y finalmente llegó a Indonesia por una figurita de madera. No tenía idea de la forma que debía tener, la lista no lo especificaba así que simplemente pidió que le tallaran la de un hombre. Una vez con el hombrecito de madera en su mochila, se dedicó a terminar de conseguir aquello que le hacía falta para poder volver a ese escondite al que llamaba hogar, en el cual le estarían esperando. A las once llegó a su escondite, sacó las cosas y se dispuso a acomodar todo frente al enorme espejo que colgaba justo frente a la puerta, el cual mantenía siempre cubierto con una manta oscura. Encendió algo de incienso, puso su música favorita, se acomodó en su pequeño sillón y tranquilamente se dispuso a esperar. El tiempo pasaba demasiado rápido a su parecer, algo realmente extraño ya que no estaba haciendo nada. A lo lejos, los ladridos de los perros interrumpían la tranquilidad de la oscura noche, como si alguien les hubiese perturbado de alguna forma. Tras él comenzaron a escucharse tenues murmullos que poco a poco cobraban fuerza, sumándose al incesante ladrido de los canes. En cuanto el enorme reloj de madera marcó las doce de la noche, todo quedó en silencio. Sonrió de lado mientras se levantaba perezosamente del sillón y se acercaba a la mesa donde se encontraban aquellos extraños objetos. Uno a uno los guardó en la mochila con sumo cuidado, apartó la mesa en la cual colocó la manta que había estado cubriendo el espejo y tras dar un ligero suspiro, se dentro en él. Del otro lado ya le esperaba su viejo amigo y primer mentor, quien le recibió desde la barca con una extraña sonrisa medio escondida tras esa larga barba que hacía años no lavaba. Tranquilo le regresó la sonrisa y subió a la barca, dejando en el suelo de ésta su mochila ahora con apariencia de saco.

-Hacía años que no te veía. Ese traje te sienta mejor que la túnica. -Sonrió el barquero poniéndose en marcha.

-Los tiempos cambian y uno debe adaptarse, al menos así funciona para los que hacemos el trabajo de campo. Lo que importa es ...

-Es siempre cumplir con el deber-interrumpió el viejo-. Lo sé. Es por eso que estás aquí.

- ¿De qué hablas? ¿A caso es por lo de la niña? Si ese es el caso tengo una buena explicación -dijo restándole interés con un ademán.

El barquero simplemente negó y siguió remando. Por varios minutos el silencio se hizo presente entre ellos, siendo el ruido del agua lo único que aminoraba la incomodidad de la situación. El joven viajero sabía que su amigo se estaba guardando algo, algo que parecía atormentarle en gran manera. No sabía si debía preguntarle o simplemente esperar que él le contara. La curiosidad era su aliada así que no sería difícil evitar caer en ella, pero admitía que quería saberlo. Antes de poder tomar una decisión, su amigo le interrumpió.

- ¿Recuerdas el día que llegaste? Yo sí. Los superiores te esperaban del otro lado. Eras una pequeña alma temblorosa que no sabía lo que ocurría. Cuando volví a verte ya te habían dado el puesto, llevabas la túnica con un orgullo que escondía lo aterrado que estabas de no poder hacer el trabajo. Pero lo hiciste, lo lograste. Té convertiste en el mejor de todos.

La melancolía con la que habló le provocó una sensación de vacío y tristeza que hacía mucho no sentía. No tenía idea de qué debía contestar, se había quedado sin palabras por primera vez en su nueva vida. Unos cuantos metros les separaban de la otra orilla cuando un ligero brillo proveniente del saco llamó su atención, impidiéndole terminar de hilar la idea que quería exponerle a su compañero como respuesta. Lo tomó y abrió, sacando la lista que él creyó haber dejado en casa. Al abrirla se dio cuenta que había un objeto nuevo, objeto que creyó nunca en su vida volver a necesitar. Alzó la cabeza en dirección a su amigo, quien le observaba tranquilamente con una sonrisa cansada.

-Gracias por haber traído las cosas -susurró confundiendo más al joven viajero.

-Faltó algo -atinó a decir mientras trataba de acomodar sus ideas.

-No faltó nada -dijo el anciano mientras estiraba la mano hacia su pasajero.

Él simplemente abrió la mano, viendo como el barquero colocaba unas cuantas dracmas en ella.

-Yo ... No entiendo. ¿Qué está sucediendo, Carente? -la angustia en su voz fue muy difícil de ocultar. Eso no era una simple misión o un simple viaje de rutina, algo estaba ocurriendo, algo muy extraño y quería respuestas ya. Las necesitaba

-Fue un placer haber sido tu mentor. -Sonrió leve mientras tomaba el saco en donde se encontraban

esas preciadas llaves que le llevarían por fin al descanso eterno.

Atónito, la muerte observó a Caronte bajar por primera vez de la barca, bajar por primera vez a la orilla a la que había guiado a tantas almas. Y así, de un momento a otro en alguna parte del viaje, el viajero se volvió barquero, y el barquero un pasajero más.